

#### 4. Cronología de las epidemias de peste

El nombre peste proviene del latín “pestit”, que significa destrucción, azote, epidemia, calamidad, y es conocida en castellano con los nombres populares de “*el mal que corre*”, “*la pestilencia*”, o “*la mortandad*”.

Sin embargo, no es sencillo relatar la sucesión de verdaderas epidemias de peste ocurridas en el transcurso de los siglos, básicamente las primeras, pues los autores antiguos no tenían suficientes conocimientos médicos ni científicos. Los detalles que aportaron, por tanto, son poco precisos y habitualmente escasos, de manera que en la mayoría de ocasiones no es posible diagnosticar correctamente cual era la epidemia que diezmaba un ejército o sembraba la desolación y la muerte de una multitudinaria población. Ellos la designaban vagamente como contagio, mortandad, dolencia reinante, o más específicamente, peste o sobre todo pestilencia, como prefieren muchos autores modernos, pero podían estar referidas también a la viruela, a la fiebre tifoidea o la disentería.

A pesar de considerarse la peste de Bizancio, llamada peste Justiniana, como la primera epidemia inequívoca de peste bubónica, creo que es oportuno relacionar brevemente otras “pestes” anteriores, las clásicas, donde el diagnóstico es incierto pero las consecuencias para el hombre resultaron idénticas.

##### **Pestes clásicas**

Los primeros relatos históricos ya se encuentran en la Biblia, por ejemplo en el libro del Éxodo (9,8) donde puede leerse en la sexta plaga que Yahvé mandó a los egipcios: *"Yahvé dijo a Moisés y a Aarón: Tomad dos puñados llenos de hollín de horno. Moisés lo echará al aire, en presencia del faraón; y se convertirá en polvo fino sobre todo el país de Egipto, y originará, en hombres y ganados, úlceras que segregan pus por todo el país de Egipto"*.

En el Deuteronomio (28,27, 35), Moisés hace cuatro discursos al pueblo hebreo. Al final del segundo les dice que si no quieren escuchar la voz del Señor, serán maldecidos, y los amenaza con estas palabras: *"Yahvé hará que se te pegue la peste hasta que te haga desaparecer de esa tierra en la que vas a entrar para tomarla en posesión... Yahvé te herirá con úlceras de Egipto, con tumores, con sarna y con tiña, de las que no podrás sanar... Yahvé te herirá de úlceras malignas en las rodillas y en las piernas, de las que no podrás sanar, desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza"*.

En el primer libro de Samuel (5-6), se cuenta que los filisteos capturaron el Arca del Dios de Israel y la llevaron a Asdod, poniéndola junto a su dios Dagón en el templo dedicado a él. A partir de aquel día, la imagen del dios filisteo aparecía tirado por el suelo o con la cabeza y las manos cortadas. Los sacerdotes del templo evitaban entrar en él, pues *"la mano de Yahvé cayó pesadamente sobre los asdodeos hiriéndolos con tumores, a Asdod y su comarca"*.

Los príncipes filisteos decidieron sacar el Arca del templo de Dagón y la llevaron a Gat, pero *"Yahvé cayó sobre la ciudad provocando gran terror; los hombres de la ciudad, desde el más pequeño al más grande, fueron castigados y les salieron tumores"*.

El Arca estuvo durante siete meses en tierra filisteo, hasta que al final decidieron devolverla. Pero para ello tenían que hacer una ofrenda de desagravio para que sanaran de aquellas enfermedades: debían devolver el arca junto a *"cinco tumores de oro y cinco ratas de oro, porque el mismo castigo sufrís vosotros que vuestros príncipes. Haced imágenes de vuestros tumores y de vuestras ratas que devastan el país y dad*

*gloria al Dios de Israel. Acaso aligere su mano de sobre vosotros, vuestros dioses y vuestra tierra.*

*Estos son los tumores de oro que los filisteos ofrecieron en reparación a Yahvé: uno por Asdod, uno por Gaza, uno por Ascalón, uno por Gat, uno por Ecrón. Y ratas de oro, tantas cuantas son la ciudades de los filisteos, las de los cinco príncipes, desde las ciudades fortificadas hasta las aldeas abiertas y hasta la gran piedra que está en el campo de Josué de Bet Semes, hasta el día de hoy<sup>1</sup>.*

En el primer libro de las Crónicas (21, 14), el rey David mandó a Joab y a los jefes de su ejército que hicieran un censo del pueblo de Israel, de sus guerreros. Fueron contabilizados 1.100.000 hombres en Israel y 470.000 en Judá, todos capaces de manejar las armas. Pero esto no gustó a Dios, que quiso castigar a su pueblo. Yahvé habló a Gad, vidente de David, y le dio a escoger entre tres posibilidades: tres años de hambre, tres meses de derrotas ante sus enemigos, o tres días durante los cuales la espada de Yahvé y la peste andarían por la tierra y el ángel de Yahvé haría estragos en todo el territorio de Israel. David no quiso escoger entre las tres propuestas y prefirió que fuera su Dios el que decidiera el castigo: *“Yahvé envió la peste sobre Israel, y cayeron de Israel 70.000 hombres. Mandó Dios un ángel contra Jerusalén para destruirla; pero cuando ya estaba destruyéndola, miró Yahvé y se arrepintió del estrago, y dijo al ángel Exterminador: “¡Basta ya; retira tu mano!”*

El poeta romano Ovidio (43 aC.-17 dC.) trató en su obra *Las Metamorfosis* (libro VII) sobre la llamada peste de Egina, una isla griega ubicada en el golfo Sarónico que debe su nombre a la ninfa Egina, madre de Éaco, que fuera su rey hacia el año 1.400 aC. Según la mitología griega, Zeus raptó a Egina y para escapar de la furia de Hera, su mujer, la llevó a la isla de Enone, después llamada Egina, y con ella concibió a Éaco. Al darse cuenta de la infidelidad, Hera envió una terrible enfermedad (que probablemente nada tenga que ver con la peste bubónica, pues además afectó al ganado), que diezmo la población de la isla: *“una terrible peste se abatió sobre mi pueblo por ira de la injusta Juno, que odia estas tierras que llevan el nombre de su rival. Mientras pareció un mal humano y se ocultaba la nociva causa de tan gran calamidad, se luchó con el arte de la medicina; el desastre superaba nuestros medios, que yacían vencidos.*

En un primer momento, esta peste afectó a perros, aves, ovejas, bueyes y fieras, y poco después, *“con mayor estrago llega la peste a los pobres campesinos, y se enseñorea de las murallas de la gran ciudad. Se abrasan primero las entrañas, y de la llama oculta es síntoma el eritema y la respiración jadeante; áspera por el ardor, se hincha la lengua; reseca por el cálido aliento, cuelga la boca abierta y las boqueadas capturan un aire pesado. No pueden soportar lecho ni ropa alguna, sino que colocan sus huesudos pechos sobre la tierra, y el cuerpo no se enfría con el suelo, más bien el suelo se calienta con el cuerpo. Y no hay quien ataje el mal: el terrible azote se desata entre los propios médicos, y su ciencia daña a quienes la ejercitan. Cuanto más cerca y con mayor dedicación atiende al enfermo, más pronto llega a compartir la muerte, y cuando se ha desvanecido la esperanza de sanar y ven en la muerte el fin de la enfermedad, se abandonan a sus instintos y no se preocupan de lo que pueda ser útil; pues nada es útil.*

*Se les podía ver vagando medio muertos por las calles, mientras podían tenerse; a otros llorar, tendidos en tierra, y extraviar sus cansados ojos en el supremo esfuerzo; alargan sus brazos hacia las estrellas del cielo que sobre ellos se cierne, y expiran aquí y allá, donde la muerte les sorprende. Los cuerpos sin vida no son conducidos como de*

---

<sup>1</sup> Es sorprendente que en este pasaje tan antiguo en el tiempo, puedan relacionarse los tumores y las ratas.

*costumbre en cortejos fúnebres, pues las puertas de la ciudad no admitían tantos cortejos: yacen insepultos por tierra o son arrojados sin exequias sobre gigantescas piras. Y ya no hay respeto; pelean por las piras y arden los suyos en fuego ajeno”.*

Homero comentó la presencia de una epidemia de peste, sin detallar, en su obra *Íliada*, compuesta a finales del siglo IX aC. o principios del VIII aC. Nueve años después que empezara la guerra de Troya (ca. 1193-1184 aC.), la peste assolaba el campamento de los aqueos. El adivino Calcante afirmó que esta plaga se debía a que Agamenón, comandante en jefe de los aqueos, había deshonrado a Crises, sacerdote de Apolo, negándose a devolver a su hija Criseida ni siquiera a cambio de un gran rescate. Tras diversas negativas y amenazas de guerra, Aquiles retornó a Criseida, calmando así la ira de Apolo.

El poeta romano Virgilio trató en su obra *La Eneida* acerca de una “epidemia de peste” que sufrió Eneas, héroe de la guerra de Troya, cuando guiado por Afrodita quiso fundar la ciudad de Pergamea en Creta. Pero no era este el lugar apropiado. Apolo se le apareció en sueños y le dijo que estaba en un lugar equivocado y debía dirigirse hacia Italia, al Lacio, donde se originaría el Imperio Romano. Cuando por fin llegaron a las antiguas costas de los Curetes, “*y ya las naves estaban varadas en una playa casi seca, la juventud entregada a nuevos campos y nuevos matrimonios, y les daba leyes y casas, y he aquí que de pronto nos vino encima una peste horrible para los cuerpos y para los árboles y sembrados miserables y un año de muerte desde una envenenada región del cielo*”.

El historiador griego Dionisio de Halicarnaso (60 aC.-ca. 7 aC.) refería en el libro X de su obra *Antigüedades romanas* la peste que tuvo lugar en Roma en el año 451 aC., “la más severa de los últimos tiempos”<sup>2</sup>: “*casi todos los esclavos murieron por la enfermedad, lo mismo que la mitad de los ciudadanos. Los médicos no eran capaces de aliviar sus sufrimientos ni sus criados ni amigos procurarles lo más necesario. Los que estuvieron dispuestos a cuidar de los demás, tocando sus cuerpos enfermos y permaneciendo a su lado, contrajeron las mismas enfermedades, y en muchos hogares fallecieron todos sus integrantes por haberse quedado atendiendo a los primeros enfermos.*

*Al principio, por un sentido de la vergüenza y por la abundancia en que vivían, prepararon todo lo necesario para los entierros, quemando los cuerpos y enterrándolos en la tierra; pero más tarde, cuando la mortandad fue tan grande, se lanzaron muchos muertos a las alcantarillas, bajo las calles, con la mayor indiferencia. Y de ellos recibieron el mayor daño, pues cuando los cuerpos emergieron sobre el río y las playas un hedor espantoso y terrible, traído por el viento, cayó sobre la ciudad y afectó a los que aún estaban sanos, produciendo una rápida transformación en sus cuerpos. Aunque la mayoría de la gente no tenía ninguna esperanza en recibir ayuda divina, practicaban sacrificios y expiaciones, siendo introducidas muchas innovaciones sobre la adoración a los dioses. Pero al comprobar que éstos no mostraban ningún respeto ni compasión por ellos, abandonaron también la observancia de los ritos religiosos.*

---

<sup>2</sup> Tito Livio mencionaba en su obra *Ab urbe condita* que en el espacio de menos de cinco siglos se declararon 17 pestes que desolaron Roma, aunque en la mayoría de ellas se habría tratado de fiebre tifoidea.



Imagen nº 7. La Peste en Roma. Jules Elie Delaunay (1828-1898)

Para componer esta obra, Delaunay se inspiró en un pasaje de la obra de Jacques de la Voragine, la *Leyenda dorada* (1261-1266), en la cual se decía: “y entonces, visiblemente, apareció un buen ángel, el cual ordenaba a un mal ángel, armado de un chuzo, que golpeará las casas que le señalaba. Y tantos golpes daba en la puerta, tantos muertos se producían en el interior”.

Artajerjes II, rey de Persia, viendo perecer a sus soldados víctimas de la presunta peste que habían adquirido en Egipto, o quizás a orillas del río Éufrates, rogó al gran médico griego Hipócrates (ca. 460 aC.) que fuese a Sardes, en Asia Menor, a combatirla. Para realizar este servicio le ofreció todo el oro que apeteciera y todos los honores que ambicionara. Pero Hipócrates, valorando más su patriotismo griego, se negó a complacer al rey persa: *“tengo alimento, vestido y lecho: nada más necesito; no quiero a ningún precio servir a los bárbaros enemigos de Grecia”*. Esta peste no se limitó a los territorios persas, sino que invadió Macedonia, Tracia y Tesalia, ya en Europa. Hipócrates recorrió estas regiones aprendiendo de la enfermedad e intentando curar a los enfermos, sin conseguirlo. Más tarde, la peste llegó a Atenas, y para librarla del terrible flagelo, Hipócrates utilizó una técnica que sería utilizada posteriormente: *“grandes fuegos fueron puestos en todas las calles, sobre los cuales se tiraban toda suerte de ingredientes aromáticos, con el fin de purificar el aire, un método practicado a lo largo de los tiempos por los egipcios”*.

Se trata de la famosa peste de Atenas del año 430 aC., descritas por Tucídides, testimonio de la misma, y más tarde Lucrecio<sup>3</sup>: la primera pandemia registrada históricamente, que parece ser produjo la muerte de más 30.000 ciudadanos atenienses, la tercera parte de la población. Tucídides, que padeció la enfermedad y sobrevivió a ella, narra esta epidemia en su *Historia de la Guerra del Peloponeso* (Libro II, 47-54), conocida como la Peste de Atenas del año 430 aC., iniciada cuando los peloponesios entraron en el Ática:

*“cuando no llevaban aún muchos días en el Atica apareció por primera vez la famosa peste, de la que se decía que había atacado con anterioridad en muchos otros lugares. Los médicos no acertaban a devolver la salud, por su desconocimiento de la misma; es más, eran ellos mismos los que morían en mayor número, en cuanto eran los que más trataban a los enfermos. Las súplicas en los santuarios o acudir a adivinos resultaron por completo inútiles y todo el mundo acabó por desistir de ellos, derrotados por el mal.*

Tucídides explicaba con detalle la sintomatología de aquella “peste”: *“al principio les atacaban fuertes fiebres y dolor de cabeza; los ojos se volvían rojos y se inflamaban, y sus órganos internos, como la garganta y la lengua, al punto se volvían sanguinolentos y exhalaban un aliento atípico y fétido. A estos síntomas se sucedían estornudos y ronqueras y al cabo de poco tiempo el malestar bajaba hacia el pecho acompañado de fuerte tos. Y una vez se fijaba en el estómago lo convulsionaba y sobrevenían cuantos*

<sup>3</sup> Se omitirá la descripción de Lucrecia por ser muy parecida a la de Tucídides.

vómitos de bilis nos describieron los médicos, y en ello el mayor agotamiento. A muchos les sobrevenían arcadas que les provocaban violentos espasmos, que en algunos casos cesaban enseguida, y en otros mucho después. El cuerpo, al tacto externo, no estaba ni muy caliente ni pálido, sino ligeramente enrojecido, lívido y recubierto de pequeñas ampollas y llagas; en cambio, por dentro ardía tanto que no podían soportar que se les cubriera con los mantos y sábanas más finas, ni ninguna otra cosa que estar desnudos; y de muy buena gana se habrían echado al agua fresca, cosa que hicieron arrojándose a unos pozos muchos enfermos que estaban menos vigilados, víctimas de una sed insaciable. Pero daba igual beber mucho o poco. Además pesaba sobre ellos una falta de reposo e insomnio constante.

Durante el tiempo en que la enfermedad estuvo en su apogeo el cuerpo no se consumía, sino que resistía la enfermedad de una manera increíble, de suerte que en su mayoría morían a los siete o nueve días a causa de los ardores internos y con parte de sus fuerzas intactas. Si sobrepasaban este trance, al bajar al vientre la enfermedad sobrevenía una fuerte ulceración, a la que se sumaba la aparición de una diarrea de flujo constante a causa de la cual más que nada perecían muchos de debilidad.

La enfermedad recorría todo el cuerpo, de arriba a abajo, comenzando primero por asentarse en la cabeza. Si alguien se sobreponía a los ataques de las partes vitales, conservaba sin embargo las señales del mal en las extremidades, pues atacaba a los órganos genitales y a los dedos de las manos y de los pies; hubo muchos que consiguieron librarse tras haberlos perdido, y algunos tras haber perdido los ojos. A otros, en cambio, al iniciarse su recuperación, les sobrevenía una amnesia total y no se podían reconocer ni así mismos ni a sus familiares.

Y sin embargo, eran los que habían sobrevivido a la enfermedad los que más se compadecían del que agonizaba y del que estaba enfermo, no sólo porque lo hubieran conocido con anterioridad, sino porque se sentían ya seguros, pues la enfermedad no atacaba a una misma persona dos veces con riesgo de muerte.

Añadida al presente infortunio, la concentración de gente venida de la campiña a la ciudad agravó la situación de la población, y no menos la de los propios refugiados: como no había sitio para todos, se alojaban en cabañas asfixiantes en plena canícula, por lo cual la mortalidad se producía en un completo desorden. Según iban muriendo, se acumulaban los cadáveres unos sobre otros, o bien deambulaban medio muertos por los caminos y en torno a las fuentes, ávidos de agua. Los templos donde fueron instalados estaban repletos de cadáveres de gente que había muerto allí. Y es que la calamidad les acuciaba con tanta violencia y los hombres no sabían qué iba a ocurrir, que empezaron a sentir menosprecio tanto por la religión como por la piedad.

Y nadie estaba dispuesto a sacrificarse por lo que se consideraba un noble ideal, pensando que era incierto si iba él mismo a perecer antes de alcanzarlo. Se instituyó como cosa honorable y útil lo que era placer inmediato y los medios que resultaban provechosos para ello. Ni el temor de los dioses ni ninguna ley humana podía contenerlos, pues respecto de lo primero tenían en lo mismo el ser piadosos, o no, al ver que todos por igual perecían; por otra parte, nadie esperaba vivir hasta que llegara la hora de la justicia y tener que pagar el castigo de sus delitos, sino que sobre sus cabezas pendía una sentencia mucho más grave y ya dictaminada contra ellos, por lo que era natural disfrutar algo de la vida antes que sobre ellos se abatiera la muerte.



Imagen nº 8. *La Peste d'Epire*. Pierre Mignard (1612-1695)

Los síntomas de la enfermedad descritos por Tucídides han suscitado numerosas teorías acerca de la naturaleza de la enfermedad y los investigadores han enunciado a lo largo de la historia hasta veintiocho hipótesis distintas al respecto, incluyendo tifus, fiebre tifoidea, viruela, sarampión, shock del síndrome tóxico, ántrax o fiebres víricas hemorrágicas, como el Ébola. Pero dada la posibilidad que los síntomas de una enfermedad conocida hubieran mutado a través de los siglos, o que la enfermedad que causara la “peste de Atenas” hubiera desaparecido, es posible que la exacta naturaleza de la epidemia no pueda ser conocida jamás. En los últimos años han aparecido dos teorías que merecen la máxima consideración, aunque también han sido contradichas, que señalan al tifus exantemático o a la fiebre tifoidea como la responsable de esta peste.

En la primera de ellas, aparecida en 1999, el Dr. David Durack, profesor de medicina en la Duke University, afirmaba que *“en aquellos tiempos duros de guerra y privaciones, con una mortalidad alrededor del 20%, con las defunciones producidas tras siete días de enfermedad, con complicaciones sorprendentes como la gangrena en las puntas de los dedos y los pies, con una deshidratación progresiva, debilidad y colapso cardiovascular que causa la muerte del paciente, todos síntomas de una epidemia de tifus epidémico, sería la mejor explicación que podría darse a la histórica enfermedad”*.

Más recientemente, en 2006, un equipo de científicos de la Universidad de Atenas, encabezados por el Dr. Manolis Papagrigorakis, publicó en el *International Journal of Infectious Diseases* que la peste de Atenas fue en realidad una epidemia de fiebre tifoidea. Esta aseveración se basaba en que en 1994, un equipo de arqueólogos descubrió en el cementerio ateniense de Kerameikos una tumba que contenía al menos 150 cuerpos, y junto a ellos se encontraron vasijas y otras ofrendas funerarias que databan del año 430 aC. Los autores del estudio analizaron los restos encontrados y fueron identificadas algunas secuencias del ADN de *Salmonella tify* en la pulpa dental rescatada de los restos de la tumba. Y efectivamente, los síntomas de la fiebre tifoidea también están presentes en la descripción de Tucídides: fiebre alta, escalofríos, bradicardia (ritmo cardiaco lento); decaimiento, diarrea, dolor de cabeza, mialgia (dolor muscular), falta de apetito, resfriado, dolor de estómago, manchas rosadas y en casos

extremos, perforación intestinal o hemorragia, delirios y confusión.

El historiador griego Diógenes Laercio (s. III dC.), en su obra *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, refería una leyenda sobre la muerte del filósofo griego Empédocles (ca. 495 aC.- ca. 430 aC.), nacido en la ciudad siciliana de Agrigento y muerto presumiblemente en las cercanías de Selinunte, antigua ciudad del sur de Sicilia: "*habiendo acometido a los selinuncios un contagio de peste por el hecho de un río cercano corrompido, de modo que no sólo morían, sino que también se les dificultaban los partos a las mujeres, discurrió Empédocles conducir a él dos de los ríos más inmediatos, con cuya mezcla se endulzaron las aguas. Cesada la peste, y hallándose los selinuncios celebrando un banquete a orillas del río, apareció allí Empédocles; y ellos, levantándose, lo adoraron como un dios y le ofrecieron sus votos. Así, queriendo confirmar esta opinión, se arrojó al fuego*"<sup>4</sup>.

En el año 396 aC. se repitió otra epidemia, conocida como la peste de Siracusa, aunque en realidad podría tratarse de fiebre tifoidea o disentería, muy bien descrita por el historiador griego Diodoro Sículo (ca. 90 aC.-ca. 20 aC.) en su obra *Bibliotheca Historica*. La armada cartaginesa asediaba esta población cuando de pronto se manifestó una epidemia mortal entre su ejército, formado por "*más de 300.000 hombres de infantería, 4.000 a caballo, independientemente de los carros de combate, que eran 400, más una flota compuesta por 400 barcos grandes y más de 600 naves de transporte cargadas de víveres, máquinas y municiones de guerra.*

*La enfermedad atacó primero a los libios, que murieron en gran número. Al principio enterraban los cadáveres, pero muy pronto, debido a la gran cantidad de fallecidos, y como los que atendían a los enfermos también eran atacados por la enfermedad, nadie osaba acercarse a los convalecientes, que eran abandonados a su infortunio, y los hermanos dejaban morir a sus hermanos y los amigos a sus amigos por temor a contraer la enfermedad. Habiendo cesado la atención médica, la epidemia se extendió sin remedio. La fetidez de los cuerpos insepultos y la exhalación pútrida de las marismas causaron primero un flujo catarral que fue seguido de tumores en el cuello; muy pronto aparecieron las fiebres, dolores en la espalda y pesadez en las piernas. A estos síntomas sucedían la diarrea y pústulas sobre toda la superficie del cuerpo. Algunos tenían ataques de delirio y perdían completamente la memoria; fuera de conocimiento, recorrían el campamento y golpeaban a cualquiera que encontraban. Los enfermos morían entre el quinto y el sexto día en medio de dolores atroces, de manera que se consideraba feliz al que hubiera muerto en combate.*

*Nada podía contener la epidemia, que se atribuyó a los dioses, irritados por la destrucción de sus templos. Las pérdidas fueron tan enormes, se habla de 150.000 hombres, que el asedio a Siracusa terminó y los cartagineses reembarcaron y volvieron a Cartago*".

Oribasio de Pérgamo (ca. 325 dC.-ca. 395 dC.), médico griego formado en Alejandría, escribió una obra monumental, *Collectiones Medicae*, conservadas parcialmente. En el libro XLIV (14.2) cita a Rufus de Éfeso, médico en tiempos del emperador Trajano (s.

---

<sup>4</sup> La misma ciudad de Agrigento sufrió un asedio en el año 405 aC. por parte del ejército cartaginés dirigido por Aníbal Magón. Pero estas tropas fueron diezmadas por la peste y el propio Aníbal murió por su causa. Su sucesor Himilcón Magón continuó la campaña, pero en el asedio final, las tropas de Himilcón sufrieron una nueva y virulenta epidemia de peste, por lo que se vio forzado a firmar una paz desfavorable y regresar a Cartago con la mitad de sus hombres.

I-II dC.), el primer autor que escribió sobre bubones y quizás, sin saberlo, el primero que aportó información sobre uno de los síntomas inequívocos de la peste, *"los bubones llamados pestilenciales son todos mortales y tienen una marcha muy aguda sobre todo los que se observan en Libia, Egipto y Siria y en aquellos que menciona Dionysius Curtus. Dioscorides y Posidonius<sup>5</sup> hacen una vasta mención de esta peste, que ocurrió en su tiempo en Libia y tiene estos síntomas: temperatura violenta, dolores, trastornos de todo el cuerpo, delirio, vértigos, erupción de bubones anchos y duros que no llegan a la supuración y que se desarrollan en piernas, brazos y regiones genitales. Puede preverse una peste inminente si se pone atención a la condición enfermiza de las estaciones, al modo de vivir poco saludable y a la muerte de animales que precede a su invasión"*.

En el año 65 dC., durante el convulso mandato del emperador Nerón, se produjo una supuesta epidemia de peste que se abatió sobre la Campania, relatada por el historiador Cornelio Tácito (ca.55 dC-120 dC) en su obra *Annales* (XVI, 13): *"en la Campania, una terrible epidemia devastó a personas de toda condición, aunque no hubo ninguna inclemencia climatológica que se dejase ver. Las casas se llenaron de cuerpos sin vida y los caminos de cortejos fúnebres; no había sexo ni edad que escapara al peligro. Tanto los esclavos como el pueblo libre fallecían de repente entre los lamentos de esposas e hijos, los cuales con frecuencia morían mientras estaban sentados a su lado o mientras los lloraban, terminando incinerados en la misma pira. Las muertes de los caballeros y senadores, aunque no se distinguiesen de las demás, eran menos lamentadas, como si al compartir con ellos la muerte, no hicieran más que adelantarse a la crueldad del príncipe.*

Durante el reinado de los emperadores Cómodo y Marco Aurelio se produjo la peste Antonina, llamada así por la dinastía reinante, y también peste de Galeno, pues fue descrita por el gran médico griego Galeno de Pérgamo<sup>6</sup> (ca.129 dC-201 dC.). Las observaciones sobre esta epidemia, probablemente se trató de viruela, de la cual fue testigo en el año 168 en Aquileia, se encuentran brevemente expuestas en su tratado *Methodus Medendi* y dispersas a lo largo de su obra. Galeno describió la peste como *"grande y de larga duración"*, cuyos síntomas eran fiebre, diarrea, inflamación de la faringe y en ocasiones erupciones pustulares en la piel, que solían aparecer a los nueve días de contraer la enfermedad. También añadía que en Siria *"se escaparon muchos de la peste con sólo beber excremento líquido"*.

Parece ser que se declaró en Mesopotamia durante el verano del año 165 dC. tras la toma de la ciudad de Seleucia, al noroeste de Babilonia, por las tropas dirigidas por Avidio Casio<sup>7</sup>. Se cree que la epidemia se mantuvo durante un cierto tiempo y desde Oriente se extendió por numerosas provincias. En el norte de Italia se sufrió la enfermedad con severidad a finales de 168 dC, durante el invierno, coincidiendo con

---

<sup>5</sup> Parece ser que Dyonisius Curtus fue un médico alejandrino del siglo III aC. Dioscórides y Posidonius también serían médicos alejandrinos, pero alrededor del siglo I dC.

<sup>6</sup> Historiadores como Elio Aristide, Dion Casio, Herodiano, Amiano Marcelino o Paulo Orosio también trataron sobre esta peste.

<sup>7</sup> Según relataba del Dr. Joaquín de Villalba en su obra monumental *Epidemiología Española ó Historia cronológica de las pestes, contagios, epidemias y epizootias que han acaecido en España desde la venida de los cartagineses hasta el año 1801* (Madrid, 1802), esta epidemia se originó en una caja de oro robada del templo de Apolo, *"la cual estaba contaminada de corrupción tan activa, que después de haber matado en la ciudad de Seleucia a muchos soldados de Avidio Casio, se esparció de allí por todo el mundo"*.



una importante agrupación del ejército romano para frenar a los bárbaros de las regiones danubianas.

El historiador romano Amiano Marcelino (ca.330-ca.400) dejó escrito en su obra *Res Gestarum Libri XXXI*, que más tarde llegó a la Gallia, Hispania (184 dC.) y zonas limítrofes con el río Rin (185 dC.), donde algunos de sus poblados perdieron a todos sus habitantes. Según relataba otro historiador romano, Dion Casio (155-229), en su *Historia Romana*, “*la enfermedad causaba 2.000 muertes diarias en Roma, una cuarta parte de los que caían infectados*”. En algunas regiones la infección mató a más de la tercera parte de la población y diezmó por completo al ejército romano<sup>8</sup>. La mortandad total ha sido estimada en cinco millones de personas, causando tal horror que los habitantes de Roma creyeron cercano el fin del mundo.

A finales del año 251, durante el mandato del emperador Decio, y mientras las fronteras del estado estaban gravemente amenazadas por los Godos, una gran mortandad, debida probablemente a la viruela, se extendió por numerosas provincias. Esta epidemia fue conocida como de San Cipriano (ca. 200/210-258), obispo de Cartago, pues describió los síntomas generales en su obra *De mortalitate*: “*esta enfermedad descarga su fuerza corporal en los intestinos, relajados en un flujo continuo, los cuales son sacudidos y los vómitos son muy presentes. Un fuego originado en el tuétano fermenta entre heridas en la boca y los ojos arden como inyectados de sangre. En algunos casos los pies o algunas partes de los miembros son arrancados por el contagio de la enfermedad pútrida. La debilidad que se presenta por la mutilación y pérdida de masa corpórea debilita el paso, obstruye la audición y oscurece la vista*”. Durante esta epidemia dejó escrito que “*morían cerca de 5.000 personas diarias*”, dejando una gran escasez de mano de obra en la agricultura y en el ejército.

Los paganos pensaron que los cristianos fueron los responsables de la enfermedad y se produjo contra ellos la llamada “Persecución de Decio”. Por su parte, los cristianos describieron al emperador como “*una gran serpiente, precursor del Anticristo*” y creyeron que la peste que asoló el Imperio fue el fruto de la venganza divina. La epidemia se alargó durante bastantes años y en el 270 causó la muerte del emperador romano Claudio II o Claudius Gothicus.

Después del siglo tercero no se encuentra ninguna epidemia bien documentada hasta la plaga de Justiniano, a mediados del siglo VI, probablemente porque no se produjeron. Tan sólo cabría destacar la peste con caracteres virulentos del año 443, “*causando un número espantoso de bajas entre la población*”, especialmente en Hispania, según relataba el historiador y teólogo hispano Paulo Orosio<sup>9</sup> (ca. 380/390-ca. 420), quien reportaba que “*en tiempos del rey godo Herverico hubo una mortandad tan grande que los hombres se hicieron antropófagos, comiéndose con furor los unos a los otros*”<sup>10</sup>.

Más tarde, el gran San Isidoro de Sevilla (ca. 560-636) trataba las particularidades de la

---

<sup>8</sup> R.J. Littman y M.L. Littman, en su trabajo *Galen and the Antonine Plague* sostienen que, en base a estudios demográficos, la mortalidad fue probablemente del 7-10% y algo más, el 13-15% en las ciudades y entre el ejército.

<sup>9</sup> *Historiarum adversus paganos libri septem*.

<sup>10</sup> Este texto se encuentra también recogido en la obra citada anteriormente citada del Dr. Joaquín de Villalba. Sin embargo, se observan diversas inexactitudes: por un lado, la muerte de Paulo Orosio se produjo en el año 420 y por tanto no podía describir una epidemia posterior a esta fecha. Por otro lado, el emperador godo Herverico es desconocido, y quizás se refiera a Alarico, Sigerico o Teodorico I, pero no hay ninguna seguridad sobre ello.

peste en su magnífica obra enciclopédica *Originum sive etymologiarum libri viginti*, conocida como *Etimologías*. En el capítulo VI, *Sobre las enfermedades agudas*, artículos 16, 17 y 18 puede leerse que “*la peste es el contagio que si uno lo coge, rápidamente pasa a muchos. Se produce por el aire corrompido y se afianza penetrando en las vísceras. Esto, que se produce la mayoría de las veces por causa de las potestades aéreas, no puede darse de ninguna manera sin el arbitrio de Dios Todopoderoso.*”

*Y se llama pestilencia casi como “pastulencia”, porque como en el incendio, los cuerpos son “paso” de la enfermedad, como dice Virgilio en la Eneida: “desciende la peste por todo el cuerpo”. Igualmente el contagio es cotangencia, porque a quienquiera que toque, lo mancha. Igual en la inguinal, la lesión de las ingles.*